REVISTA GADITANA.

Número 16.

LEGISLACION PENAL.

DELITOS CONTRA LA RELIGION.

No me parece fuera de propósito comenzar este artículo recordando lo que, acerca de las graves dificultades que ofrece la tarea que he emprendido, insinué en el núm. 5 de la Revista Gaditana.

Procuré entonces poner de manifiesto, cuan arduo empeño era el juzgar atinadamente de las tareas de nuestros legisladores, no habiéndose consignado en la historia los hechos que pudieran dar luz para descubrir cuales eran los vicios de que adolecía la sociedad, en cada una de las épocas en que fueron estableciéndose las leyes que han de examinarse: no siendo cosa hacendera el suplir del todo este silencio de los historiadores, ni tampoco razonable el calificar de absurdo y de bárbaro lo que no se adapta á las ideas de la época presente, ofreci apuntar algunas especies sobre el método que debiera seguirse, para que no pecasen contra la equidad los juicios que formásemos acerca del mérito de nuestros antepasados.

Las reflexiones que me ha sugerido el estudio de la legislación penal, deben mirarse como un ensayo; y en este concepto, es justo conceder al que se ha aventurado á contraer un empeño tan superior á sus fuerzas, la indulgencia que necesitan las imper-

fecciones que forzosamente han de encontrarse en este artículo.

He adoptado el orden de las materias al hacer la descripción de nuestras leyes penales, para escusar las repeticiones en que habria de incurrir si hubiese seguido el de los tiempos. A primera vista parece mas natural el examinar todo el conjunto de la legislación penal, en cada una de las épocas cuya memoria se ha conservado; pero de esta manera se daría en el escollo de tener que tratar tantas veces de un mismo delito, cuantas hubieren sido las que ocupó la atención del legislador: así, despues de haber recorrido todas las disposiciones acerca de los hurtos referidos en el Fuero-juzgo, seria preciso volver á esta materia cuando abriésemo el libro de las Partidas; y tratarla de nuevo al fijar la vista en las leyes recopiladas: no podría ménos de fatigarse la mente de los lectores teniendo que pasar alternativamente de unos á otros puntos; y no les seria por otra parte fácil conservar presentes las ideas diversas que hubiesen visto sobre un delito determinado, hallándose estas separadas entre sí, y mezcladas ademas con otras de especie distinta. Por esta razon no he vacilado en abandonar el orden cronológico. Para que sea fácil comparar las disposiciones legales acerca de una accion, presentaré las penas que le señalaron los establecedores de las leyes, antiguos y modernos: así se descubrirá la indole de cada época; y se verá la diversi-

dad de aspectos bajo que se ha mirado un hecho mismo.

Por ser la mas conocida, he adoptado la clasificacion que usó D. José Gutierrez en su *Práctica criminal*. Tienen en esta el primer lugar los delitos contra la religion: porque nuestro criminalista, como todos los hombres reflexivos piensa, que las ideas religiosas son el vinculo por excelencia de la sociedad: sean las que fueren las leyes políticas y civiles de los pueblos no hay uno en que no se hallen señales de culto: en medio de la variedad de ideas y de sentimientos se ofrece perdurablemente á nuestra consideracion: y en vano fué siempre el pretender que esta verdad se desconociese.

Pero por lo mismo que la religion ha sido de todos los tiempos y naciones, son por eso mas variadas las opiniones á que ha dado origen: las leyes que voy á mencionar mostrarán la exactitud de esta doctrina.

La 2.^a, tit.^o 26, par. 7.^a condena al herege, bajo cuya denominacion comprende tambien al apóstata, á la pena de ser quemado vivo: ordenando, que sus bienes pasen á sus descendientes, y en caso de no tenerlos, ni parientes tampoco, al Rey si fuere seglar, y á la Iglesia siendo clérigo: la pena de muerte se impone tambien en las leyes 7, tit. 24; y 4, tit. 25 de la misma Partida, al cristiano que se vuelva judío ó moro y se aplican asimismo sus bienes á la Iglesia. Es de advertir sin embargo, que esta pena tan severa, no se aplicaba hasta despues de haber los Obispos y Vicarios procurado sacarlos (á los hereges) *de aquel yerro por buenas razones et mansas palabras*; y que solo en el caso de no querer *quitar se de su porfia*, debian ser entregados á los jueces seglares para que los juzgasen: ademas, el que debia ser quemado era el *herege predicador*, y el que concurriere al sacrificio á la sazón que lo *fizieren*: mas no el que fuera mero creyente y no lo pusiere por obra, *pues este solo*

debía ser echado de nuestro Señorío para siempre: ó metido en cárcel fasta que se arrepienta ó se torne á la fé.

El conocimiento de estos delitos correspondió á la Inquisicion desde su establecimiento en España.

La blasfemia se castigaba con penas penitenciarias, si el blasfemo tenia bienes: y á los que carecen de ellos con azotes; la impresion en los labios de la letra B y la de cortar la lengua: asi la ley 2.^a tit. 28, P. 7.^a, previene, *que si algunt ricohome de nuestro Señorío denostare á Dios, que por la primera vez pierda la tierra que toviera por un año*; y en la 4.^a, *que si fuere otro home de los menores que non haya ninguna cosa por la primera vez dente cinquenta azotes et por la segunda señalenlo con fierro ardiente en los bezos que sea fecha á semejanza de B. et por la tercera vez córténle la lengua.*

La ley 2.^a, título 5, libro 12, de la Novísima Recopilacion confirma estas penas: pero la 4.^a del mismo título y libro, que fué establecida por los Reyes Católicos en Valladolid el año de 1492, ordena, que por la primera vez sufra el blasfemo un mes de cárcel: por la segunda la de ser desterrado durante seis meses del lugar de su domicilio y que pague mil maravedis: la 3.^a parte al acusador: la otra al juez, y la última á los pobres de la cárcel del lugar donde acaeciére el hecho; y por la tercera vez ha de enclavársele la lengua.

La ley 2.^a previene tambien, se corte la lengua al que blasfemare y le den cien azotes por justicia si fuere en la Corte: y si en otro lugar del reino, córténle la lengua y pierda la mitad de sus bienes: la mitad de ellos para la cámara y la otra mitad para el que le acusare. La ley 6.^a impone las mismas penas á los que tuvieren la costumbre de jurar por vida de Dios.

Don Felipe II agravó estas penas en 1566, con la de 10 años de galeras.

Es digno de notarse, que si el blasfemo fuere Escudero, ú otra persona de mayor condicion, la pena es el destierro y la multa doblada: y si el acusado fuere esclavo, quedará á arbitrio del dueño el que le den 200 azotes públicamente, ó tenerle en la cárcel el tiempo que la ley señala.

El sacrilegio se castiga en las leyes de Partida con la pena de excomunion, cárcel, destierro y las mas veces con penas pecuniarias: y aun en la 5.^a, título 18, partida 1.^a, se dice *que la pena de tales sacrilegios es en alcedrio del judgador*. La 9 del mismo título, impone la pena capital al que, dentro de la iglesia, cometiere asesinato, bien sea de clérigo ó bien de lego.

La simonia corresponde privativamente á los jueces eclesiásticos, por lo cual omitiré el tratar aquí de las penas señaladas en los cánones á los simoníacos.

Entre las supersticiones se cuentan algunas castigadas en nuestros códigos: á los adivinos señala la ley 1.^a, título 6.^o, del Fuero-juzgo, la pena de 100 azotes: y la 1.^a, título 23, partida 7.^a, *la de que ninguno de ellos non more en nuestro señorío nin use y destas cosas: que ninguno non será osado de los acoger en sus casas, nin encubrirlos*: en la 3.^a del mismo título, se impone la pena capital *a los que encantan espiritus*.

La ley 1.^a título 4 de la Novísima Recopilacion renueva las penas establecidas para los adivinos y agoreros en las de Partida: y equipara al que va á buscar los adivinos, con los hereges: una ley de D. Juan II hecha en Córdoba en 1410, impone *la pena capital al que use de adivinanzas*.

En cuanto al perjurio, la ley 42, título 16, partida 3.^a deja al arbitrio del juez el imponer al testigo falso la pena que mejor le pareciere, *catando todavia qual es el yerro que fizieron entestiguando, o el fecho sobre que testiguaron*.

El que faltare á lo que ha prometido á otro con juramento, incurre en la pena de

no ser creído nunca su testimonio, ni ser par de otro.

Segun la explicacion de esta palabra, que se halla en la ley 1.^a, título 5, partida 7.^a, puede inferirse, con mas que mediano fundamento, que, si bien es cierto que en España no llegó á haber un sistema feudal tan arraigado como lo estuvo en aquella sazón en Alemania y en Francia, no saltaron apesar de eso, algunas costumbres traídas de los pueblos del Norte, que, incorporándose con las de los naturales del pais, llegaron con el discurso del tiempo á ser parte de nuestra jurisprudencia.

La ley citada dice así: *usan los omes dezir en España una palabra que es valer menos. E menos valer es cosa que el ome que cae en ella, non es par de otro en corte del Señor, nin en juicio: e tiene grand daño a los que caen en tal yerro. Ca non pueden dende en adelante ser pares de otros en lid, nin fazer acusamiento, nin en testimonio, nin en las otras honras en que buenos omes deven ser escogidos: assi como digimos en ante, de los enfamados, en el título que habla de ellos*.

Toda esta explicacion se aviene perfectamente con lo que refieren las crónicas de los usos de los señores feudales: despues de haber sometido el territorio, que no supieron defender los romanos, conservaron los caudillos de las tribus del Norte vestigios de su igualdad primitiva: al salir de sus moradas, en solicitud de las riquezas que poseian las naciones del Mediodia, ninguno de los que guiaban huestes, mas ó ménos numerosas, era superior á los demas: una vez establecidos en el pais conquistado, y convertidos en propietarios, bien sea por la distancia á que quedaron unos de otros, ó tal vez, y es esto lo mas verosímil, por que no eran unos mismos sus intereses, hubieron de renunciar á la costumbre de tratar en las asambleas adonde todos concurrían, los asuntos que eran de comun utilidad. La diferencia de la estension de

territorio que habia cada uno adquirido, ora por su mayor fortuna en la guerra, ora tambien porque no eran de igual consideracion las donaciones que el caudillo solia hacer á los que le habrian acompañado en sus empresas, fueron formando insensiblemente los grados de la gerarquia feudal: mas apesar de esta gerarquia, distaba mucho de ser completa la sumision de los vasallos á sus señores: á vueltas de algunas escasas muestras de respeto, sobresalía, por donde quiera, la arrogancia de los antiguos guerreros: pruébalo así, el nombre de *pares* que se daban entre sí los vasallos de un mismo señor feudal: y el que en los altercados que nacian entre ellos, el juicio de *sus pares*, proclamado despues por el soberano, era la prenda de la justicia: el decir el texto citado *que non es par de otro en la corte del señor, el que cae en valer menos nin en juicio*, no tuviera sentido si no se hubiesen conservado en España restos de las costumbres del Norte.

Es á todas luces evidente, que la imposibilidad de congregarse los pares en la corte del señor, dió origen al combate judicial; uso que prevaleció en España como tendremos ocasion de verlo, cuando se trate de los rieptos y liles cuya ritualidad se describe menudamente en las leyes de Partida: ademas, en los fueros particulares, concedidos en varios tiempos á los pueblos, se encuentran ciertas disposiciones que, por peregrinas, parecerian increíbles, á no ser por las costumbres de los pueblos de allende el Rhin. Entre otras merece particular mencion la del de Cáceres que previene: *que toda ome que uvas furtares de noche ó qual cosa se quisiere, si verdad falleren alcaldes jurados et voceros enforquenton y la que ordena que todo ome que mentira jurar ó afirmar, trasquilenle la mitad de la cabeza.*

En cuanto á la primera de estas disposiciones, en adelante, cuando trate de los hurtos, me haré cargo de algunas leyes in-

glesas mencionadas por Sir Samuel Romilly en las observaciones sobre las leyes criminales de su país publicadas en 1810: castigábanse con pena capital robos cuyo valor no escedia de 25 sueldos de Francia (1); y el robar aves en una posesion cerrada: el rigor de estas penas era fruto de la poderosa influencia de los Barones; en cuyo beneficio hubieron de dictarse: la analogia con la del Fuero de Cáceres no me parece pueda ser dudosa.

Respecto á la segunda es sabido, que el cortar la cabellera era uno de los castigos mas severos que usaban los godos, los francos y los otros pueblos septentrionales: véase en confirmacion de lo que digo, el *Glosario de la baja latinidad de Du-Cange*, en que se refieren algunos pasages de la crónica de Juan Biclár y otros que autorizan esta opinion: es muy digna de notarse la razon que para esto alegaban: *los cabellos decian, guardan, honran y defienden la cabeza.*

En adelante me haré cargo de estas leyes y de otras del Fuero-juzgo, que corroboran mas y mas la opinion ántes enunciada; me ha parecido oportuno llamar desde ahora la atencion hácia este punto; porque entiendo, que, para adquirir nociones exactas acerca de nuestra legislacion, es indispensable empezar por distinguir y separar, entre sí, sus varios orígenes: desde los tiempos mas remotos de la Monarquía se observan leyes tomadas de los códigos romanos: otras del derecho canónico; y otra que, como las indicadas poco ha, se introdujeron con la dominacion de los pueblos del Norte: descúbrese, en cada una de ellas, el sello de las ideas á que debió su nacimiento: mas todas dejan ver tambien las modificaciones que les obligó á tomar el estado de la sociedad en que se establecieron: seria, pues, notable desacuerdo, empeñarse en buscar la unidad de pensamientos, en una obra en que se fun-

(1) 4 reales vellon 20 maravedises.

diéron, por decirlo así, los pensamientos de generaciones y de pueblos diversos unos de otros: tanto mas digna de consideracion es esta doctrina, cuanto que su exactitud aparece del mismo modo, sea que se aplique á la ciencia de los jurisconsultos, ó á la de los publicistas.

Terminada esta digresion, que espero se me disimule, en gracia de su misma importancia, continuaré la descripcion de las leyes relativas al juramento. La 26, tit. 11, part. 3.^a, ordena: *que solo Dios ha de castigar al que falta al juramento deferido*: las 27, 28 y 29 del tit. y part. citados, que tampoco ha de imponerse pena *al que no cumplió lo ofrecido si no pudo hacerlo ó fue injusta ó ilícita la promesa*.

La ley 1.^a, tit. 6.^o, del libro 12 de la Novísima Recopilacion, impone la multa de 600 mrs. *al que jurare en falso sobre los Santos Evangelios*. La 2.^a de este titulo previene, *que pierda todos sus bienes el que saltare al juramento que hubiere hecho sobre cualquier contrato*. La 4.^a del mismo titulo, que es la 83 de Toro, *la pena del Talion al testigo falso*.

Al excomulgado que permaneciere duro y obstinado, han de sacársele 600 mrs. si en el término de treinta dias, no se retractare: si durare seis meses su pertinacia, 6.000 mrs.; y si continuare por mas tiempo en su fatal ceguedad, 100 mrs. por cada dia, sin perjuicio de ser arrojado del pueblo de su domicilio; y si volviese á él, durante el destierro, han de confiscársele la mitad de sus bienes: todas estas prevenciones se encuentran en la ley 5.^a, tit. 3.^o, libro 12 de la Novísima Recopilacion.

Tales son las leyes que contienen nuestros códigos sobre los delitos contra la Religion. En sentir de Marina (1) las disposiciones relativas á moros, judíos y hereges, de la par. 7.^a, eran acomodadas al Decreto de

Graciano, Decretales y opiniones de sus gloriosos dictámenes que á mas de fundarse en la autoridad de muchos testos canónicos, es muy conforme al espíritu de toda esta parte de nuestra jurisprudencia.

El influjo del Clero comienza en el Fuero-juzgo y no deja de advertirse hasta en las leyes que todavía no están formalmente derogadas: pero debo advertir que lo que en las penas contra los hereges, judíos y blasfemos se advierte de severidad estremada, ó mas bien de ferocidad, no ha de atribuirse á la Iglesia, cuyos cánones respiran mansedumbre y tolerancia, sino á las costumbres de los bárbaros que, educados en la guerra y habituados á derramar la sangre de sus semejantes, no tenian por castigo suficiente el que no apuraba todos los grados de rigor, que la imaginacion acertaba á concebir.

La intolerancia es el abuso que realmente debe imputarse, no á la doctrina del Evangelio, que es tolerante por excelencia, sino al Clero de entónces: y es muy digno de notarse, que aun el deseo de que la creencia fuese uniforme, era tambien consecuencia del estado de la sociedad en aquella época: porque siendo á la sazón las ideas religiosas el único lazo que unia á los hombres unos con otros, el disentiimiento, en materias de fé, no era un mero pecado, sino que trascendia á perturbar el órden social: acostumbrados á vivir en tiempos en que existen en la sociedad otros muchos medios de tener á raya las pasiones, no comprendemos una necesidad que estamos muy lejos de experimentar. En aquella época solo habia violencia por una parte, y abatimiento por otra: los conquistadores no tenian mas interes que despojar á los conquistados: estos, por su parte, veian su bien en substraerse de la rapacidad de sus señores, ya por la astucia, ó ya por el crimen: si la religion divina de J. C. no hubiera venido á enseñar al poderoso que es hermano del desvalido, ¿qué hubiera sido de la civiliza-

(1) Ensayo histórico-crítico sobre la legislación de los reinos de Leon y Castilla.

cion europea? Ahora con el progreso de las luces, cuyos primeros destellos se deben al Evangelio, en vez de dar pábulo á los instintos de destruccion del hombre, se han puesto en ejercicio sus facultades productivas, si es licito llamarlas así; la industria y el comercio han formado entre los hombres mil relaciones, que impiden que el desorden se introduzca en la sociedad: puede la conciencia dejarse en libertad, sin menoscabo del procomunal; pero no ha de juzgarse de los primeros siglos de la Monarquía por lo que ahora sucede: lo que en nuestros días fuera una cadena insoportable, en aquel tiempo hubo de ser un freno saludable: introdujose el abuso, á no poder dudarlo, en la calidad de las penas: pero sería la mas vituperable injusticia atribuir á la Iglesia lo que es achaque de los pueblos incultos.

Hecha esta advertencia, veré de manifestar cual ha sido el influjo del Clero, ó mas bien, de las ideas religiosas en nuestra jurisprudencia criminal. Al primer aspecto, aparece uno mismo este influjo: ha sido sin embargo muy diverso, segun los tiempos y las circunstancias. Es pues de sumo interes, el determinar las vicisitudes que ha probado la idea de Religion en nuestra jurisprudencia. Para esto es preciso recordar algunos hechos históricos, y citar algunos testos legales.

Sabido es, que al subir al trono Recaredo en 587, casi toda la Nacion se declaró en favor de la fé del Concilio de Nicea, que se sabia profesaba el nuevo Rey: y que, aunque Ataloco, Obispo arriano en la Galia gótica, auxiliado por los condes Granista y Bildigerno, movió á sus partidarios á hacer guerra á Recaredo, fueron vencidos por las gentes del Rey y Ataloco reducido á morir de pesar y de enojo. A esta revolucion religiosa siguió otra política, que tuvo, con el discurso del tiempo, resultados de grave importancia: tal fué la introduccion de los Obispos en el gobierno político.

El Rey era electivo, aunque nombrado

siempre hasta Ataulfo de la familia de los Baltos: ya mostré, apropósito de los restos de feudalismo que se advierten en nuestras leyes, que las asambleas que limitaban la autoridad de los caudillos primitivos de las tribus germánicas, no pudieron continuar despues de verificada la conquista: así, cuando en la muerte de Alarico se redujeron los godos al dominio de la Península y de la Galia gótica, el gobierno era puramente aristocrático: no hay noticia de que en las Juntas de los Grandes concurriesen los Obispos del arrianismo, que era á la sazón la Religion del Estado: ademas de la poca aptitud para la guerra de estos Obispos, y de su inferioridad en puntos de saber, respecto de los Obispos Católicos de entrambas provincias, la tolerancia de los visigodos para con el Clero Católico, es prueba de que esta era la creencia general de la Nacion, y que si no se dió entrada á los Obispos arrianos en las Juntas de los Grandes, fué porque en ellas nada tenían que representar. Recaredo, tan piadoso como buen político, convocó el tercer Concilio de Toledo en 589, con la mira, no solo de dar público testimonio de su adhesion á la fé de Nicea, sino tambien para introducir en el gobierno á los Obispos Españoles, verdaderos representantes de la poblacion católica, que habia encontrado en ellos, consuelo, socorro, juzgado y aun gobierno, en medio de los horrores de la conquista y de la anarquía, tan frecuente en el pueblo dominador. Desde entónces se agrego la aristocracia sacerdotal á la militar para la deliberacion de las leyes; y la primera tuvo mas influencia que la segunda, porque era mas sabia y virtuosa.

Estos hechos, que he tomado de la Historia moderna del Conde de Segur, traducida y corregida por un literato español de merecida celebridad son sin duda, la causa de la doctrina teológica que abunda, en mas de una ley del Fuero-juzgo: los preámbulos de muchas de ellas prueban la poderosa

y eficaz parte que tuvieron en la formación del código de los visigodos, los Prelados Eclesiásticos: en adelante manifestaré en otro artículo, cuales son las razones que tengo para pensar que en aquel entónces era el Clero la clase dominante, contra la opinión de Marina, que en su Teoría de las Cortes se figura ver en auge, en la época de los visigodos, las ideas del siglo XVIII: por ahora me ceñiré á citar algunos testos en prueba de mis asertos. En el Fuero-juzgo, libro 12, título 2, hay una ley del Rey Don Rescindo, Rey de Dios, que dice: *en la ley, e en la virtud de Dios avemos nos nuestra fuerza, e somos exaltados en la tierra e por la virtud de Dios tollemos a los omnes que non pequen á las veces por miedo de pena, alas veces por miedo de justicia... nuestras leyes eran honestas y convenibles, porque defenden las culpas, e las maldades de los omnes manifestramente e, porque semeian á los mandados e a las costumbres que fizieron los santos padres.*

Obsérvese como la bondad de las leyes se mide por su semejanza con los dictámenes de los Santos Padres; y como ademas tenia el legislador puesta su mira en la vida futura, pues añade poco despues: *e desto nos fiamos, que avremos dos galardones de Dios: el uno que tenemos nuestro pueblo, e nuestro regno en paz: lo al que despues que saliremos deste mundo avremos buen galardón de Dios:* el bien temporal de la sociedad estaba subordinado á la esperanza de alcanzar la otra vida, que para inclinar al hombre al bien se le ponía siempre delante de los ojos, como motivo el mas eficaz y poderoso.

En la part. 7.^a, de que he referido algunas leyes, se descubren muestras de la doctrina teológica, que tanto prevalece en el Fuero-juzgo: sin embargo, estudiando con detenimiento las disposiciones del Rey Sabio, se advierte que no era ya exclusiva en el siglo XIII: el discurso mismo de los su-

cesos habia sido parte para dar cabida en la legislación á ideas de especie distinta: pruébalo así, el observar como iba relajándose la rigidez y la intolerancia primitivas: la ley 5.^a del Rey D. Rescindo (Fuero-juzgo) previene que, *ningun judio guarde las ferias nin los Sábados, nin las otras fiestas daqui adelante.*

La ley 5.^a, tit. 24, part. 7.^a, dice así: *Sábado es dia en que los judios facen sus oraciones et estan quedos en sus posadas, et non se trabajan de facer merca nin pleito alguno. Et porque tal dia como este son ellos tenudos de guardar segunt su ley non les debe ningunt home emplazar nin traer á juicio en él.*

Con solo comparar estos dos testos, se ceba de ver que no era esclusiva la idea de Religion en la mente de D. Alonso: la noción de la justicia, despojada en parte por lo ménos de la severidad que le atribuyeron los Concilios Toledanos, va manifestándose cada vez mas humana y mas filosófica, en las nuevas leyes: el bien de la sociedad es tambien blanco de sus miras. *El facedor de las leyes, dice en la 11.^a, tit. 1. part. 1, debe amar a Dios et temerle et tenerle ante sus ojos cuando las fiziere, porque sean derechas et complidas. Otro si debe amar justicia et el procomunal de todos, et seer entendido para saber departir el derecho del tuerto.*

Tal máxima era digna del Monarca que alcanzó nonbradía de sabio, por su afición constante á las ciencias, y por la eficaz protección que hubo de dispensarles: el que declaraba que *deben seer quitos de pecho, et non son tenudos de ir en hueste, nin de tomar otro oficio sin su placer, los maestros que muestran sus saberes en los estudios:* el que queria que se publicasen en el idioma vulgar los libros de los sabios: que ordenó que fuese franco el comercio de los libros, y permitió que los clérigos leyesen los de los gentiles, fundado en las palabras de San Pablo que aseguraba que *los hom-*

bres probasen todas las cosas, et que to-
biesen las buenas dellas, et las otras que
las dejasen; no tenía su ánimo sómetido del
todo á la teología: se le alcanzaba que la
mision del legislador es mas bien promover
el bien social que el eterno.

No obstante, ni en tiempo de D. Alonso,
ni aun en el siglo XVI, eran comunes
estas ideas de tolerancia: D. José Esteve
Obispo de Orihuela, que vivía en aquella
sazon, en sus comentarios sobre los libros
de los Macabeos, explica los casos en que
una persona particular, puede, sin autori-
dad pública, quitar la vida á los infieles y
hereges; decide que se puede matar sin es-
crúpulo á los renegados, y que los reyes
de España deberian matar á los moros y
echarlos de sus dominios, aunque fuese que-
brantando los pactos hechos por sus prede-
cesores: pone en cuestion, si los hijos pue-
den asesinar á sus padres hereges ó idóla-
tras, y tiene por licito y corriente hacerlo
con los hermanos, y aun con los hijos.

Las costumbres no desdecian de estas
máximas: los cristianos que entraban á cor-
rer la frontera de los moros, solian traer las
cabezas de estos, pendientes de los arzones,
y darlas á los muchachos para adestrarlos
y cebarlos en la guerra contra los mahome-
tanos.

De estos hechos, y del establecimiento
de la Inquisicion en el reinado de los Reyes
Católicos, podia quizá inferirse, que, en vez
de ir menguando el influjo de las ideas reli-
giosas, se habia acrecentado á despecho de
los progresos de las ciencias humanas, y que
la Monarquía española era, en tiempo de Fe-
lipe II, mas teocrática que en la época de
los Concilios de Toledo. A mi entender, no
tiene fundamento esta opinion: los motivos
que inclinaron el ánimo de la Reina Católica
á adoptar el tribunal del Santo-oficio, tu-
vieron mas de políticos que de teológicos:
para persuadir esta verdad no son menes-
ter prolijos razonamientos: una rápida ojea-
da sobre el estado en que entónces se halla-

ba el Reino, es mas que suficiente para este
propósito.

Los moros y los judios eran tolerados
por las leyes: en quanto á los judios, llegaba
la tolerancia hasta á permitirles egercer su
culto en sinagogas, que para el efecto les
estaban señaladas, teniendo tambien jueces
y fueros particulares porque regirse: corrian
ademas con la administracion de las rentas
públicas, por cuya razon gozaban de gran
valimiento con los Principes. Pero como en
aquellos tiempos era frecuente el que simul-
táneamente, hubiese en la constitucion de
la sociedad principios contrarios entre sí, es-
taba vedado á los cristianos servir en las
casas de los judios, y asistir á sus con-
vites: los que recibian halagos de los
Principes, tenían que sufrir el vilipen-
dio de no alternar con los demas vasa-
llos: así la ley levantaba una barrera entre
dos pueblos que moraban en un mismo ter-
ritorio. Como si no fuese esto ya bastante
para dar pábulo al odio que la diferencia de
religiones traia consigo, acacció que los ju-
dios, engreidos con los favores que les dis-
pensaban los monarcas, causaron vejacio-
nes á los pueblos: cierto es que no era suya
la culpa, porque se veian ostigados para fa-
cilitar caudales con que suplir á las urgen-
cias del Erario: mas como quiera que fuese,
el aborrecimiento que se les tenia fué to-
mando cada vez mas incremento.

Vano fué el que las Cortes se quejasen
de estos daños y solicitaran del Rey que los
apartase de su lado: agotóse el sufrimien-
to de los contribuyentes; amotináronse ca-
si de consuno, y en 1391 se arrojaron los
malcontentos sobre los judios, é hicieron en
ellos una mortandad espantosa: sobrecogi-
dos de temor, acudieron muchos de ellos á
abrazar la Religion Católica; pero como su
conversion no fué sincera, tornaron á ejer-
cer su culto en secreto. De este modo, el
Estado abrigaba en su seno enemigos sola-
pados, con la máscara de leales: las leyes
menguaban de vigor, y los magistrados

apénas podían ejercer su ministerio. Por otra parte, la escasa energia de los reinados de D. Juan el II, y de los Henriques, alimentó la ambicion de los Grandes que acabaron por usurpar la autoridad real: divididos estos en bandos, favorecieron á los quejosos, con la mira de aumentar el número de sus secuaces. Las consecuencias de tantos desórdenes fueron las que podían esperarse: relajáronse por extremo las costumbres; apareció la heregia, llamada judaísmo, y vino al cabo á degenerar en irreligion. Tal era el estado del Reino segun el coronista de Aragon Zurita, en la época en que los Reyes Católicos subieron al trono. El tolerar la variedad de creencias no era cosa hacedera, en un siglo que todo era ménos tolerante, y por otra parte, urgía poner remedio á tantos males: la Reina Doña Isabel, de condicion blanda y apacible, se resistió cuanto pudo al establecimiento de la Inquisicion, que su esposo, que de mucho tiempo la habia adoptado en su Reyno de Aragon, le proponia, como el mas eficaz espediente para dar fin sordamente de los hereges; pero tuvo por fin que ceder, y apesar de su repugnancia, impetró la bula de Sixto IV para establecerla en 1478.

Esta sencilla narracion basta para conocer la indole diversa de la época de los Reyes Visigodos y de la que precedió al auge y engrandecimiento de España. Hemos visto en las leyes citadas del Fuero-juzgo que todo su espíritu era puramente teológico: el legislador tenia su pensamiento puesto en la vida eterna: y los intereses mundanos le atraían poco. Todo lo contrario sucede en el siglo XV: la Religion, que era ántes el fin principal, sirve ahora de instrumento dócil á la politica, y mas acaso á la codicia; es esto tan cierto, que hasta el haber variado el método de enjuiciar, prescribiendo el sigilo mas estremado en las denuncias y en los nombres de los testigos, tuvo por motivo el impedir turbulencias intestinas; pues es claro, que habiendo muchos moros

y judíos acaudalados, podía ser peligroso el descontento de los que tenían con ellos parentesco ó amistad: el sigilo en los procedimientos inquisitoriales, fué debido á una razon puramente politica.

Como quiera es evidente, que apesar de cuanto se ha dicho para inculcar la idea de que la Monarquía española fué mas teocrática en el siglo XVI que lo habia sido en su origen, la idea de la religion no dominaba con señorío absoluto: fué perdiendo parte de su importancia, ó mejor quizá, dando lugar á otras ideas, á medida que los sucesos creaban en la sociedad nuevas necesidades, y por consiguiente, nuevos elementos de poder: las guerras con los mahometanos acrecieron la importancia de los militares, con perjuicio de los Eclesiásticos: en el siglo XV, no teniendo todavía nociones cabales de economía, la codicia fué parte para que se estableciese el tribunal del Santo-oficio; pero, á despecho de los autos de fé, luego que con la conquista de la América recibieron un incremento tan considerable la navegacion y el comercio, y la clase media fué aumentando cada vez mas su valor y su importancia, la tolerancia se introdujo en las costumbres; y la Inquisicion, que tan cruelmente habia perseguido al Ministro de Felipe II, paró por contentarse en tiempo de Carlos III, con las *audiencias de cargos* (1) que consistían en que el acusado acudiese al pueblo donde estaba el tribunal, y respondiese á los cargos que le resultaban del sumario: dejábasele regresar á su domicilio, con tal que ofreciese volver si de nuevo le llamaban; y solia cortarse la causa, ó bien imponer al reo alguna penitencia secreta, que cumpliera sin mengua de su reputacion.

Esta transformacion tan maravillosa, fué efecto de las alteraciones que hubo en la constitucion íntima de la sociedad por las

(1) Llorente; historia crítica de la Inquisicion de España.

causas que dejo señaladas: las leyes caen en desuso cuando cesan las necesidades que les dieron origen, y la Inquisicion no era compatible con los adelantos de la industria y del comercio.

Para completar la descripcion de nuestras leyes penales acerca de materias de cultos, y dar una muestra del estado de las ideas sobre este punto en época muy reciente, me haré cargo de las disposiciones acerca de Religion, que se hallan en el Código penal discutido en 1821. El cap. 3.º trata de los delitos contra la Religion del Estado. En el art. 230, que es el primero de este capitulo, se impone la pena de muerte, considerándole como traidor, al que conspirare *directamente y de hecho á establecer otra Religion en las Españas, ó á que la Nacion Española deje de profesar la Católica Apostólica Romana*. Sufrió este artículo algunas impugnaciones al tiempo de discutirlo; por que habia quien le miraba como sobrado riguroso é intolerante; pero el Sr. Garelli, diputado entonces, observó, que las naciones donde habia culto público siempre ejercieron el derecho de castigar los crímenes que se dirigian á perturbar su libre ejercicio; y que de lo que se trataba era, no de hacer pesquisas inquisitoriales, sino de poner freno á un delito civil y político. Sea lo que fuere de la gravedad de la pena y de su oportunidad, resulta siempre, que la mente de la comision fué el que la Religion se considerase en sus relaciones con el orden civil, y no de otra manera. El 231 señala las penas de dos á seis años de prision, y si fuere funcionario público dos años de recargo al que, de palabra, ó por escrito, propagase máximas dirigidas á trastornar la Constitucion del Estado: siendo extranjero, ademas de perder cuantos empleos y honores obtuviere en España, habia de sufrir una prision de dos ó tres años, y ser despues espellido del Reino: los siguientes artículos imponen multas al que imprimiere algun libro que

verse sobre la Sagrada Escritura, sin licencia del Ordinario; al que introduzca en España algun libro contrario á la Religion, y al que lo conserve en su poder sabiendo que está ya prohibido: el 236 previene, que al español que apostatare, se le quitarán todos los empleos y honores que tuviero, y será considerado como no español; pero quedará exento de toda pena si *volvriere voluntariamente* al seno de la Iglesia: el 237 impone una reclusion, de quince dias á tres meses, *á los que públicamente blasfemaren ó prorrumpieren en imprecaciones contra Dios ó los Santos*; y un arresto de ocho á cuarenta dias, si lo hicieren privadamente.

El Sr. Moreno insinuó, que le parecía corta la pena: fundándose en que *la escelerencia de la persona y su dignidad agravan la accion y el delito*; repúsose por el Sr. Carrasco, que la gravedad del delito debia medirse, no solo por la dignidad de la persona ofendida, sino por el daño causado á la Sociedad. Nueva prueba de que el espíritu de los legisladores era el castigar los delitos contra la Religion, no á manera de teólogos, sino de hombres que tenian por blanco de sus miras el bien social.

El 238 señala quince dias á cuatro meses de reclusion, y siendo funcionario público, ó Eclesiástico, doble pena al que ultrajare los objetos del culto en los lugares destinados al ejercicio de este: el 239 impone la misma pena al que mutilare ó destruyere algun objeto destinado al culto público: el 240, la de cinco á cincuenta duros al que ultrage á un Ministro de la Religion cuando se halle ejerciendo su Ministerio: el 241, la de multa de cinco á sesenta duros y arresto de ocho dias á cuatro meses, á los que en el templo interrumpieren alguna fiesta con motines y bullicios: el 242, el máximo de las penas que correspondan al delito, si este se cometiere en el Templo: el 243 la de arresto, de uno á seis meses, la de reprehension y la de privarle de la mitad de sus

temporalidades al Eclesiástico que declarase herética alguna doctrina, ó persona, no declarada tal todavía por la autoridad competente; y el 244, la de ser denunciado al Obispo, para que ocurra al remedio, al Sacerdote que predicare doctrinas repugnantes á las máximas evangélicas: mas si por estos excesos se perturbare la tranquilidad pública, será procesado el Eclesiástico y se le impondrán las penas establecidas en el artículo precedente. El Sr. Hermosilla impugnó la segunda parte de este artículo, porque, segun decia, el Eclesiástico que promueve escándalos en el púlpito, delinque en uso de su sagrado ministerio, que jamas puede estar bajo otra inspeccion que la del Obispo. El Sr. Gisbert le replicó, que no se trataba en esta parte del artículo de las proposiciones anti-evangélicas que pudieran deslizarse de los labios de un predicador inconsiderado, sino de la perturbacion del órden, causada por sus palabras: en cuyo caso es evidente que, el conocimiento del delito, debe corresponder á la autoridad encargada de conservarlo.

Tales son los artículos que en el código penal de 1821 tratan de los delitos contra la Religion. Dos observaciones ofrece desde luego su exámen: primera, que las acciones ofensivas á la Religion se miraban con respecto al mal que traian á la Sociedad, y no conforme al que pudieran ocasionar en la creencia: el ministerio del establecedor de las leyes y el del teólogo quedaban por siempre separados. Segunda, que aunque este concepto era el dominante, no faltaban todavía personas ilustradas que no habian comprendido esta separacion, y clamaban contra ella, creyendo que padecia ménoscabo el lustre de la verdadera Religion: lo cual da testimonio de la dificultad que se experimenta en el tránsito de unas Instituciones á otras, y persuade la suma circunspeccion que deben usar los innovadores.

El punto de vista bajo que se miraron

los leyes penales relativas á Religion, en las Cortes de 1821, es, sin duda alguna, el mas conforme con las ideas que en la actualidad prevalecen: aunque las penas señaladas merezcan tal vez ser tildadas de severas y de desproporcionadas, no hay lugar de vacilar en cuanto al espíritu que en ellas domina: la mente del legislador fué el dejar á salvo el fuero interno: ¿mas son por eso equitativos, y fundados en razon, los cargos que repetidas veces se han hecho á nuestros antepasados, porque no alcanzaron el grado de cultura de que nosotros tanto nos vanagloriamos? A mi parecer, las declaraciones contra el fanatismo Religioso y las supersticiones, que tan en moda estuvieron en el siglo pasado, pecan á un tiempo mismo contra la justicia y contra la razon. Contra la justicia, porque, desconociendo con vituperable ingratitud los beneficios que la civilizacion moderna debia á la Religion, maldicen de ella como si lo hubiera producido los excesos del Clero y las persecuciones del Santo-Oficio: contra la razon, porque nada puede darse que mas irracional sea, que el pretender juzgar de los hechos y de las personas de un siglo, por doctrinas y principios diferentes de los que en aquel siglo dominaban en la sociedad.

Verdad es, que todas las leyes que hemos referido sobre heregias, perjurios, blasfemias y supersticiones, son abusivas: mas el abuso nace de la indole misma de las opiniones que entónces corrian. Guizot, en sus lecciones sobre la historia de la civilizacion moderna, observa, que las ideas religiosas propenden á tiranizar la libertad humana; porque siendo su objeto dirigir la conciencia y tener á raya las pasiones, naturalmente han de tener á aquella por obstáculo: por eso, en las épocas en que han tenido la direccion del Gobierno, ha sido este intolerante y ha creído que, hablando en nombre de la divinidad, debia castigar como desacato y falta de respeto, cualquiera deviancion de los preceptos que enseñaba. Esto

fué cabalmente lo que aconteció en tiempo de los concilios toledanos: en el siglo VII prevalecia la unidad de la Iglesia, como lo prueba el haberse adoptado en todas partes las decisiones de los seis concilios ecuménicos habidos de 325 á 680: la superioridad de las doctrinas de la Iglesia, respecto de las que entónces dominaban en el órden civil, no puede ser desconocida sin notable injusticia: esta superioridad se deja ver con evidencia en la legislación de los Visigodos que, en sentir del mismo Guizot y de otros escritores de igual categoria, hace ventajas á todas las demas que en aquella sazón regian en Europa, y fué sin duda la causa de que el Clero Español tuviese el ascendiente que hemos observado en el reinado de Recaredo: no puede negarse que el Clero refrenó la violencia de los bárbaros del Norte, que mejoró en mucha parte las leyes, y sobre todo, que sustituyó á la fuerza, que se habia enseñoreado de la sociedad, un principio moral mas benéfico y de mas trascendencia que cuantos hasta entónces habian imaginado los filósofos y los hombres de Estado, ¿no deben tenerse en cuenta estos bienes, cuando se quiera juzgar del gobierno teocrático y de las huellas que de él se descubren en nuestra jurisprudencia criminal?

Ademas aunque en mengua de la vanidad humana, es forzoso confesar, que todas las ideas que han dominado en la sociedad, y las mismas que hoy se miran como mejores, son abusivas por naturaleza: es achaque incurable de nuestra especie el que el bien y el mal anden siempre mezclados en todas sus obras.

El estado social de los romanos ha merecido elogios que no carecen de motivo, si se atiende á los monumentos de su jurisprudencia, su literatura y su poder han llegado hasta nosotros: pero los que así se extasian contemplando las virtudes, de los Brutos y Cincinatos, debieran considerar que aquellos principios que tan perfectos les parecen, luego que favorecidos por la

fortuna lograron tener el mundo sujeto á su poder, vinieron á dejenerar en lo que fueron en los tiempos del Imperio. Los que querian desterrar de la tierra la Religion, horrorizados con la cruzada contra los Albigenses y con los autos de fé, á ser consecuentes, ¿no debieran asimismo haber maldecido el patriotismo romano, porque habiendo ido ensanchando los limites de la República, hizo que las virtudes de sus primeros fundadores degenerasen en vicios y torpes abominaciones?

Suetonio refiere que Julio César entregó al pillage ciudades y templos; redujo á la servidumbre multitud de personas industriosas y libres, y vendió hasta reinos enteros, solo por contentar los caprichos del populacho: cuéntase del pio Trajano que dió á sus súbditos una fiesta que duró 120 dias: que hizo degollar cada dia 90 animales feroces y cerca de 82 hombres: en todos llegan á 10.000 hombres y 11.000 animales, sacrificados para divertir el ocio de los dueños del mundo.

No hablo ni de la disolucion de las costumbres, ni de los mercados, en que diariamente se vendian miles de infelices cogidos en los campos de batalla: porque el cuadro que de estos crímenes se trazase, escederia á cuanto es posible imaginar en punto de depravacion y de crueldad; pero si apesar de todo esto se admiran los destellos de grandeza que brillan en la historia romana, y los revolucionarios de Francia se propusieron como modelo las leyes políticas de la patria de los Escipiones y de los Metelos, en gracia de las hazañas debidas al patriotismo ¿qué razon habria para abjurar del Evangelio cuya doctrina ha civilizado á la Europa? Si se comparan entre sí unos principios con otros, no creo que haya que dudar acerca de cuales merecen la preferencia, si se hace la comparacion entre los abusos respetuosos ¿cuáles mas perniciosos que los que hemos enumerado?

Lo que en nuestro mismo siglo estamos

viendo debiera corregir esta parcialidad tan vituperable de nuestros juicios: desatáronse los lazos que sugetaban la libertad humana; dióse al interes individual latitud mayor que la que en otra cualquier época habia tenido: creció con esto la riqueza, se embargaron los goces de la vida, y se difundieron como nunca los conocimientos útiles: sin embargo, los que no se paran en las apariencias observan con amargura, que el egoismo es el cáncer de la sociedad moderna, y que sus consecuencias no podrán ménos de ser funestas, á despecho de las aplicaciones de la química y de las matemáticas, si un principio moral y religioso no viene á poner remedio á un daño tan grave. ¿Cual es la consecuencia de todo esto? El zelo religioso degenera en fanatismo perseguidor y sangriento: el amor de la patria en crueldad; y el interes individual en mezquino egoismo: ¿sería justo, sería posible siquiera desterrar de la sociedad estos tres principios de nuestra naturaleza? El imaginarlo solo fuera delirio: pero ya que hemos nacido en tiempo de poder conocer por esperiencias pasadas cuales son los frutos de que una idea esclusiva domine en la sociedad ¿no parece que la mision del siglo XIX sea la de contenerlas unas por otras para que ninguna llegue á desarrollarse de manera que se vicie y se perverta? ¿qué mejor lenitivo que la enseñanza de la Doctrina Evangélica para tener á raya los impulsos del interes individual, que si se dejan sin freno, apagan todos los afectos del corazon y convierten en un ente, dado todo al cálculo y á los deleites sensuales, la criatura que el Todopoderoso formó á semejanza suya?

TOMAS GARCIA LUNA.

ADVERTENCIA.

En el número inmediato trataré de la jurisprudencia actual acerca de los delitos contra la religion, citando algunos expedientes, seguidos en el juzgado de esta ciudad.

MISERIAS

de la

VIDA CONYUGAL. (1)

CONCLUSION.

II.

Por lo general una muger jóven no descubre su verdadero carácter, sino cuando ya lleva dos ó tres años de estar casada: sin intencion, disimula sus defectos en medio de los primeros goces y de las primeras diversiones; vá á la sociedad para bailar; vá á casa de sus parientes para lucirlo á V.; viaja escoltada con las delicias del amor; primero es esposa, luego madre y nodriza; y en esta situacion, llena de sufrimientos interesantes, que no permiten al observador ejercitar su perspicacia á fuerza de ser tan multiplicadas las atenciones, una muger no puede ser juzgada.

Por consiguiente, habrá V. necesitado tres ó cuatro años de intimidad para descubrir una cosa horrorosamente triste: un motivo de perpetuos terrores. Su muger de V., aquella jóven tan bella, en quien los primeros placeres de la vida y del amor hacian las veces de la gracia y del talento, aquella jóven tan coqueta, tan viva, cuyos menores movimientos tenían una elocuencia deliciosa, ha ido perdiendo, uno por uno, todos sus atractivos. Al cabo ha llegado V. á conocer la vérdad: V. no lo queria creer; suponía haberse equivocado; pero no, Carolina no tiene talento, es tonta, no sabe ni chancear, ni discutir y á veces tiene poco tacto. V. se aterroriza porque se vé obligado para siempre á conducirla al traves de caminos espinosos, donde se hará trizas su amor propio. Algunas veces se ha quedado V. frio con ciertas respuestas que han sido acogidas en la Sociedad con política. Todos han guardado silencio en vez de sonreirse; pero V. podria estar cierto de que al salir, las mugeres se habrian quedado mirando y como diciéndose unas á otras.

—Ha oido V. á la Señora de tal?

—Pobre muchacha, es....

—Tonta negada.

—¿Y como él, un hombre de talento, ha podido?...

(1) Véase el número 15 de esta REVISTA.

—Debería formarla, instruirla, enseñarla á callar.

Un hombre, según la civilización actual, es responsable de todo cuanto hace su mujer. Un día sostendrá esta tenazmente, en casa de la Sra. Desaulnais, que el mas pequeño de sus hijos no se parece ni á su padre, ni á su madre; sino al amigo de la casa: acaso con esto ha despertado de su letargo al Sr. de Desaulnais, é inutilizado el trabajo de tres años, echando por tierra las aserciones de su esposa, la que, desde el momento de esta visita, va á su casa de V. muy rara vez. Una noche Carolina, después de haberle hecho á un autor hablar de sus obras, concluirá por darle el consejo de que empiece á trabajar para la posteridad. Tan pronto se queja de la lentitud con que la sirven en la mesa de una familia, que no tiene mas que un solo criado, y que se ha puesto poco ménos que á cuatro pies para recibirla y festejarla. Tan pronto habla mal de las viudas que se vuelven á casa, delante de la Sra. Dechans, que ha contraído terceras nupcias. Por último, V. no está en sí, cuando está con su mujer delante de gentes. Como un hombre que está montado en un caballo asustadizo, y que lo mira sin cesar por entre las dos orejas, de la misma manera está V. embebido: tan grande es la atención y el temor con que escucha á su Carolina. Para desquitarse del silencio que están obligadas á guardar las solteras de poca edad, Carolina habla, ó por mejor decir, charla: quiere hacer efecto, y lo consigue: nada la detiene: se dirige á los hombres mas distinguidos, á las señoras mas notables, se hace presentar á todo el mundo, y le tiene á V. perpetuamente en el potro. Para V. la Sociedad es un martirio. Entónces comienza ella á encontrarlo á V. insulso: ¡ya se vé, no hace mas que escucharla y temblar! Por último, se vé V. reducido á un estrecho círculo de amigos, porque su mujer ha conseguido enemistarlo con las personas de quienes dependían sus intereses.

III.

V. cree haberse casado con una mujer dotada de razón y se ha engañado grandemente, amigo mio: no siempre las personas sensibles son sensatas, ni el sentimiento es el raciocinio, ni la razón es el placer, ni el placer una razón.

La lógica de su mujer de V. no es la lógica de Aristóteles, ni de Kant, ni de Condillac,

ni de Napoleon; pero es una lógica que vale por todas ellas, y que se puede propiamente llamar la lógica de todas las mugeres; de las francesas lo mismo que de las inglesas, de las italianas lo mismo que de las españolas, y hasta de las mugeres de la Luna, si es que por allí hay mugeres.

Ha empezado la discusión después del almuerzo, que es la hora mas apropósito en cualquier casa para las disputas. Aun cuando quisiera el marido no podría discutir por la noche con su mujer, por razones que son fáciles de adivinar. Por la mañana es muy probable que tenga hambre el marido de una jóven bonita: el almuerzo es un momento de alegría, y la alegría se aviene mal con las disputas. En fin, V. no empieza á hablar del asunto, sino después que ha tomado su café con leche, ó su té.

Se le ha puesto en la cabeza, por ejemplo, mandar á su hijo á un colegio.

Los padres son siempre hipócritas, y no quieren nunca confesar que su propia sangre les incomoda mucho, cuando anda corriendo á dos pies por toda la casa como un renacuajo, gritando, chillando y mahullando. El niño estropea, rompe ó ensucia los muebles y los muebles son caros. Todo lo convierte en sable, estravia los papeles y se hace una caperuzza con el diario, antes de que lo haya V. leído. Su madre le dice «toma» cuando lo que vá á tomar es de V., y «deja» cuando es de ella. Algunas veces le sirve el niño de cómplice; otras es un hacha que todo lo convierte en leña en su casa de V. El niño le saquea, cuando se le antoja, el guarda ropa, vuelve cubierto de calzoncillos sucios, enseñando cosas condenadas á los misterios, á las *gemonias* del tocador, y pone á la vista de la mas elegante de las amigas de su mujer de V., la hermosa señora de Fizchamel, fajas destinadas á ceñir el vientre, instrumentos destinados á teñir los bigotes, chalecos viejos desteñidos por debajo del brazo, calcetas ennegrecidas por los talones y amarillentas por otros lados. ¿Quién se ha de atrever á advertir que estas manchas son un efecto del cuero? La Señora se rie, mirando á su amiga, y V., que no se atreve á enfadarse, se rie tambien; pero ¡con qué risa! conocida es de los desgraciados.

Ademas de esto, el niño le hace á V. temblar, si se descuida con las navajas. Si V. se incomoda, el niño se sonrie y le enseña dos filas de perlas. Si V. le riñe, llora. Viene la mamá ¡y qué mamá! Una mamá que le aborrecerá á V. sino cede al momento. Con las

mugeres no hay *mezzo termine*: ó es V. un monstruo, ó el mejor de los padres: en algunas ocasiones llega V. á disculpar á Hérodes y la famosa degollacion de los inocentes. La Señora se ha vuelto á sentar en el sofá; V. se pasea, se detiene y establece terminantemente la cuestion con esta frase atrevida.

—En resumidas cuentas, Carolina, es preciso mandar á Cárlos á un colegio.

—Cárlos no puede todavía ir á un colegio, responde ella con tono de dulzura.

—Pues Cárlos tiene ya seis años, y esa es la edad en que comienza la educacion de los hombres.

—Hasta los siete años no, responde ella: hasta esa edad no pasan los Príncipes á las manos de sus preceptores y yo no veo por que los particulares no hemos de seguir las mismas costumbres que los Príncipes. ¿Acaso nuestros hijos adelantan mas que los suyos? El Rey de Roma....

—El Rey de Roma no viene ahora al caso

—¿Pero no era hijo el Rey de Roma del Emperador? (Su muger de V. se separa de la cuestion.) Esa es otra. ¿Segun eso acusas á la Emperatriz? ¿No lo dió á luz delante del Dr. Dubois, y en presencia de?...

—Si yo no digo eso.

—Nunca me dejas concluir.

—Lo que yo digo es que el Rey de Roma... (Aquí comienza V. á levantar la voz:) el Rey de Roma, que apenas tenia cuatro años cuando salió de Francia, no puede servir de ejemplo.

—Pues sin embargo de eso, el Duque de Burdeos no fué entregado hasta los siete años á su preceptor Mr. de Riviere (Lógica mugeril.)

—En cuanto al Duque de Burdeos es cierto.

—¿Conqué, segun eso, convienes en que no se puede poner á un niño en el colegio antes de los siete años? Dice ella con énfasis. (Sigue la misma lógica.)

—Yo no digo nada de eso, querida amiga mia, hay mucha diferencia entre la educacion pública y la educacion privada.

—Pues por eso es por lo que no quiero poner todavía en el Colegio á Cárlos. Es menester que esté mas fuerte de lo que lo está en el dia.

—Cárlos, para la edad que tiene, es muy robusto.

—¡Cárlos! ¡Qué hombres!!... Pues si Cárlos tiene una constitucion muy endeble. Si es como V. (Comienza el usted.) Si V. quiere deshacerse de su hijo no tiene mas que en-

viarlo al colegio; pero ya hace mucho tiempo que conozco que el niño le fastidia.

—Vaya. ¿Conqué me fastidia mi niño? Buena es. Nosotros somos responsables de nuestros hijos. Es menester comenzar la educacion de Cárlos. Aquí se está acostumbrando muy mal. No obedece á nadie. Se cree dueño de hacer lo que le parezca. Es indispensable que tenga al lado otros iguales; sino se formará el carácter mas detestable.

—Muchas gracias. ¿Con qué yo crio mal á mi hijo?

—Yo no he dicho semejante cosa; pero nunca le faltarán á V. razones para conservarlo á su lado.

Aquí el V. empieza á ser recíproco, y la discusion toma, de una y otra parte, un tono de notable acritud.

—Eso es lo que V. quiere: quitarme á mi hijo. Lo mira como un obstáculo. Me quiere tiranizar á su sabor y sacrifica á su propio hijo. ¡Ah! no me falta á mí penetracion suficiente para conocerlo.

—¿Con qué, segun eso, yo soy otro Abraham con el cuchillo en la mano? ¡Qué! ¡Si no hay colegios! ¡Si los colegios están vacios! ¿Quien manda á sus hijos al colegio?

—Eso es: póngame V. tambien en ridiculo. Ya se ve que hay colegios; pero seis años no es edad para mandar á un niño al colegio, y Cárlos no ha de ir.

—Pero hija mia no te encolerices.

—¡Como si yo me encolerizara nunca! Soy muger y estoy acostumbrada á sufrir.

—Hablemos racionalmente.

—Si, que yo no he dicho mas que disparates.

—Ya es tiempo de que comience Cárlos á aprender á leer y escribir. Mas tarde le seria mas dificil.

Sigue V. hablando, durante diez minutos sin la menor interrupcion, y concluye con un ¿Con qué?...

—¿Con qué? Dice ella: no es tiempo todavía de poner á Cárlos en el colegio.

Nada se ha adelantado.

—Pero ¿querida mia?...

—Mr. Deschats ha mandado á Adolfo al colegio á los seis años. Ven á ver colegios y encontrarás una porcion de niños de esa edad.

Sigue V. hablando otros diez minutos, sin la menor interrupcion, y cuando pronuncia otro ¿Con qué?..

—Al niño de Deschats le han salido sabañones.

—Pues á Cárlos le han salido tambien, sin ir al Colegio.

=Nunca, dice ella con aire de triunfo.

Al cabo de un cuarto de hora se encuentra mezclada la cuestion con otra discusion accesoria, sobre si Carlos ha tenido, ó no ha tenido sabañones. Empiezan las aserciones contradictorias y no hallándose conformes los dos esposos, es preciso apelar al arbitrio de tercero. Toda casa tiene su *Tribunal de Cassation*, que sin ocuparse del fondo, juzga tan solo de la forma. Se llama al ama, viene y se pone del lado de su muger de V. Es cosa averiguada que Carlos no ha tenido nunca sabañones.

Carolina lo mira á V. y le dice estas decisivas palabras.

=Ya ves que es imposible mandar á Carlos al colegio.

Sale V. sofocado, lleno de cólera; no hay medio de probar á esta muger que no existe la menor relacion entre el proyecto de enviar al niño al Colegio y la probabilidad de tener, ó no tener, sabañones.

Por la noche, delante de veinte personas, oye V. á aquella atroz muger que concluye con estas palabras su conversacion con una de sus amigas.—Quería poner á Carlos en el colegio: pero al fin ha conocido que aun no es tiempo. Algunos maridos, en semejantes circunstancias, se entregan á la ira delante de todo el mundo. Se esponen á un grave peligro; pero consiguen una cosa y es, que Carlos vaya al colegio infaliblemente el dia en que se le escape la menor indiscrecion. Otros rompen los muebles, entregándose á una rabia interior. Los hombres hábiles se callan y esperan.

La lógica de la muger se despliega apropósito de los hechos mas insignificantes: de un paseo, de la colocacion de un mueble &c. Esta lógica de tan notable sencillez, consiste en no espresar nunca sino una sola idea: la que manifiesta su voluntad. Puede resolverse este sistema por medio de estos dos términos algebraicos: SI ó NO. Hay ciertos movimientos de cabeza que hacen sus veces.—II. BALZAC.

BOLETIN.

TEATRO.

ELJueves último se representó por primera vez, en el Teatro Principal, el drama original de D. José Lorenzo Figueroa, D.^a ISABEL DE LA PAZ. No nos queda lugar suficiente en las columnas de este número para hacer un análisis tan detenido como pensamos hacerlo

luego que lo háyamos leído: ni es justo aventurar las censuras no habiendo presenciado mas que una sola vez la ejecucion de este drama, fruto de la reflexion y del estudio, ni dejarían de parecer parciales los elogios que le tributaríamos, mientras no pudiéramos fundarlos en un desapasionado juicio de sus bellezas y defectos.

MODAS.

Entre las modas nuevas de que nos dan cuenta los periódicos de Paris, es una de las que mas llaman la atencion la resurreccion de las joyas y piedras preciosas, tan decaídas y olvidadas ha poco, y que hoy dia vuelven á brillar en la cabeza y en el cuello de las elegantas parisienses. La coquetería bien entendida no puede ménos de ganar en el uso de los collares, desacreditados tan sin razon en estos últimos tiempos, y que suelen ser tan oportunos para cubrir la union huesuda del cuello, y del pecho, que tan bien saben disimular los collares, cuando están puestos con habilidad y arte. El cuello mas hermoso no pierde nada con semejantes adornos. Hasta ahora, el collar mas de moda, porque cuadra igualmente en un baile de corte, ó en una comida de familia, es el de oro con un broche de buen gusto, que puede ser reemplazado con un nudo de perlas y de rubíes que vengan á concluir en dos pequeños aretes de esmeraldas. Otra joya muy de moda consiste en una especie de moño de piedras, arregladas de tal suerte, que formen como dos lazos. Están de moda las flechas; pero para no ser vulgares, necesitan estar dispuestas con arte estremado.

Otra cosa que está muy en el fuerte son los abanicos. Los ricos paises de artistas antiguos, como Boucher y Wateau, que son los que usan las Señoras de mejor tono y alto rango, cuestan un dínaral. Las flores contrahechas están abandonadas. Las Señoras suelen usar las matizadas y olorosas de la estacion. Tambien se usa mucho, en clase de perfumes, de las flores, con preferencia al ambar &c. Hay perfumes llamados de ramillete, como el de la Reina Victoria, Duque de Richmond y otros, en que parece se están oliendo cada una de las flores el *geranium*, el heliotropo y el jazmin.

Los schales de cachimira son un adorno indispensable para las Señoras de una belleza equívoca, que nunca perjudicará á las mas clásicas hermosuras.